

## ESCENA IV

D. CÉSAR, UNA DUEÑA

LA DUEÑA (*en el dintel de la puerta*).—¿Don César de Bazán?

(*D. César, que estaba pensativo, levanta bruscamente la cabeza.*)

D. CÉSAR.—¿Otro más? (*Aparte.*) Es una mujer. (*Mientras que la dueña, sin moverse del fondo, hace una profunda reverencia, él se adelanta estupefacto hacia el proscenio.*) ¡Preciso es que el diablo ó Salustio anden mezclados en todo esto! Apostaría á que voy á ver á mi primo. ¡Una dueña! (*Alto.*) Yo soy don César. ¿Qué queréis? (*Aparte.*) Por lo general una vieja anuncia una joven.

LA DUEÑA (*haciendo otra reverencia y la señal de la cruz*).—Señor mío, os saludo hoy, día de ayuno, en el nombre del Dios hijo, todopoderoso y su excelso Padre.

D. CÉSAR (*aparte*).—Ya se sabe: á principio devoto, amoroso final. (*Alto.*) Amén. Buenos días.

LA DUEÑA.—Dios os tenga en su santa guarda. (*Con misterio.*) ¿Habéis dado á quien me envía á vos una cita reservada para esta noche?

D. CÉSAR.—Soy capaz de eso y de mucho más.

LA DUEÑA (*sacando de su guarda-infante una esquila cerrada que presenta á D. César, pero sin entregársela*).—Entonces, señor discreto, vos sois quien habéis dirigido esta carta á alguien que os ama y á quien conocéis perfectamente.

D. CÉSAR.—Sin duda debo ser yo.

LA DUEÑA.—Está bien. La dama, casada probable-

mente con algún viejo celoso, tiene que guardar ciertos miramientos, pues ha encargado que me enterase bien antes de... Yo no la conozco, pero vos sí... La criada me ha dicho lo que había de hacer... y por consiguiente no es preciso saber los nombres...

D. CÉSAR.—Excepto el mío, según parece.

LA DUEÑA.—¡Oh! La cosa es clara. Una dama recibe una cita de su amante, pero teme caer en algún lazo, y como las precauciones nunca están de más... En suma, me envían aquí para recibir de vuestra boca la confirmación.

D. CÉSAR (*aparte*).—¡Oh! qué vieja más cargante! Cuánta broza rodea á ese dulce billete!... (*Alto.*) Ya te he dicho que yo soy don César.

LA DUEÑA (*colocando sobre la mesa un billete cerrado que D. César mira con curiosidad*).—Entonces debéis escribir al dorso de esta carta una sola palabra: *Venid*, pero no de vuestra mano, pues eso sería comprometido.

D. CÉSAR.—Es claro, si fuese de mi mano... (*Aparte.*) He aquí un encargo bien dado.

(*Extiende la mano para apoderarse de la carta, pero la dueña se lo impide.*)

LA DUEÑA.—No la abráis; sin duda debéis reconocer el pliego.

D. CÉSAR.—Sí que lo conozco. (*Aparte:*) ¡Y yo que ardía en deseos de saber lo que dice!... En fin sigamos la comedia. (*Toca la campanilla y entra uno de los negros.*) ¿Sabes escribir? (*El negro mueve la cabeza afirmativamente. D. César se admira y dice aparte:*) ¡Habla por señas! (*Alto.*) ¿Eres mudo? (*El negro hace otra señal afirmativa que asombra nuevamente á D. César. Aparte:*) ¡Muy bien! Ya tengo que habérmelas con un mudo. (*Señala al negro la carta que la dueña tiene sujeta sobre la mesa.*) Escribe ahí: *Venid*. (*El mudo escribe. D. César hace señas al negro para que se vaya y á la dueña para que*

*recoja la carta. Sale el mudo. Aparte:)* No se puede negar que es obediente.

LA DUEÑA (*comenzando á guardar el billete y acercándose á D. César*).—Esta noche la veréis... Debe ser muy hermosa.

D. CÉSAR.—Encantadora.

LA DUEÑA.—Yo sólo puedo decir que la criada es lindísima. Cuando me llamó aparte en medio del sermón quedé admirada: tiene un perfil de ángel y unos ojos de demonio... Y además parece muy experta en asuntos amorosos.

D. CÉSAR (*aparte*).—Pues me contentaría con la criada.

LA DUEÑA.—Esto es ya para formar juicio, pues siempre lo bello aborrece lo feo, y por la esclava se puede conocer lo que será la sultana, así como por el criado lo que es el amo. Seguramente la mujer que esperáis es hermosísima.

D. CÉSAR.—Estoy orgulloso de ello.

LA DUEÑA (*haciendo una reverencia y en ademán de retirarse*).—Béseos la mano.

D. CÉSAR (*dándole un puñado de monedas*). Y yo te lleno la pata. Toma, estantigua.

LA DUEÑA (*guardándose el dinero*).—¡Qué alegre es la juventud del día!

D. CÉSAR (*despidiéndola*).—Véte.

LA DUEÑA (*repitiendo las reverencias*).—Si me necesitáis alguna vez, me llamo la señora Oliva, y en el convento de San Isidro... (*Sale, y vuelve á abrir la puerta*.) Estoy siempre sentada á la derecha, entrando en la iglesia, junto al tercer pilar. (*D. César se vuelve hacia ella con impaciencia. Ciérrase la puerta, se vuelve á abrir y reaparece la dueña*.) ¡Vais á verla esta noche!.. Acordaos de mí en vuestras oraciones.

D. CÉSAR (*despidiéndola colérico*).—¡Véte! (*La dueña se va y la puerta vuelve cerrarse*.—Solo:.) Ya estoy resuelto

á no admirarme de nada. Sin duda vivo en la Luna. Y lo cierto es que no puedo quejarme de mi suerte: después de haber satisfecho el hambre, voy á contentar mi corazón... Todo esto es muy hermoso. Ya veremos el final.

(*Vuelve á abrirse la puerta del fondo y aparece D. Guritán con dos largas espadas desnudas debajo del brazo*.)

## ESCENA V

D. CÉSAR, D. GURITÁN

D. GURITÁN (*desde el fondo del teatro*).—¡Don César de Bazán!

D. CÉSAR (*se vuelve y ve á D. Guritán con las dos espadas*).—¡Al fin; qué suerte! ¡Buena es la aventura y ahora se completa! ¡Comida excelente, dinero, una cita de amor y un desafío! Vuelvo á ser don César. (*Acércase alegremente á D. Guritán, haciendo muchos saludos, y fija en él una mirada inquieta, adelantándose con lento paso hasta el proscenio*.) Aquí es, caballero; podéis entrar y tomar asiento, cual si estuviérais en vuestra casa. Me alegro mucho veros. Hablemos un rato. ¿Qué se dice en Madrid? ¡Oh! es una residencia deliciosa. Yo no sé lo que allí pasa; pero imagínome que se admira siempre á Matalobos y á Lindamira. En cuanto á mí, temería más que al ladrón de dinero á la que roba los corazones. ¡Oh! las mujeres son endiabladas; pero yo me vuelvo loco por ellas. ¡Vamos, decidme algo, porque yo soy un ente inverosímil, absurdo, un muerto que resucita, un hidalgo que llega de los más extravagantes países.

D. GURITÁN.—Pues yo llego desde más lejos, amigo mío.

D. CÉSAR (*con expresión alegre*).—¿De qué ilustre playa?

D. GURITÁN.—De allá del Norte.

D. CÉSAR.—Y yo del Sur.

D. GURITÁN.—¡Estoy furioso!

D. CÉSAR.—Y yo rabio.

D. GURITÁN.—¡He andado seiscientas leguas!

D. CÉSAR.—¡Y yo dos mil! He visto mujeres amarillas, azules, negras y verdes; he visto tierras bendecidas del cielo; Argel, la ciudad feliz, y la agradable Túnez. ¡Oh! allí hay muchos turcos, de extraños modales, y muchas personas colgadas de las puertas.

D. GURITÁN.—¡A mí me han burlado, caballero!

D. CÉSAR.—¡A mí me han vendido!

D. GURITÁN.—A mí me desterraron casi.

D. CÉSAR.—Y á mí por poco me ahorcan.

D. GURITÁN.—Me envían á Neuburgo artificiosamente, para llevar una caja con cuatro palabras escritas, que decían: «Detened el más largo tiempo que sea posible á ese viejo loco.»

D. CÉSAR (*soltando la carcajada*).—¡Muy bien! ¿Y quién ha hecho eso?

D. GURITÁN.—¡He de retorcer el cuello á don César de Bazán!

D. CÉSAR (*gravemente*).—¡Ah!

D. GURITÁN.—Para colmo de audacia me envía un lacayo en su lugar para excusarle, según dijo; pero no he querido verle. Muy por el contrario, he dado orden de encerrarle, y ahora vengo en busca del amo, ese César de Bazán, ese traidor. ¡Quiero matarle! ¡Vamos! ¿dónde está?

D. CÉSAR (*siempre con gravedad*).—Pues yo soy.

D. GURITÁN.—¡Vos! Sin duda os burláis...

D. CÉSAR.—¡Yo soy don César!

D. GURITÁN.—¡Cómo!

D. CÉSAR.—Lo dicho.

D. GURITÁN.—Señor mío, renunciad á ese papel, porque me enojáis mucho.

D. CÉSAR.—Y vos me estáis divirtiendo, porque parecéis un celoso. Os compadezco mucho, amigo mío, pues el mal que nos viene de nuestros vicios es peor que el que los demás nos hacen. Os digo con franqueza que más vale ser cornudo que celoso, y más bien pobre que avaro. Vos sois una cosa y otra. Debo advertiros que aún espero esta noche á vuestra esposa.

D. GURITÁN.—¡A mi esposa!

D. CÉSAR.—Sí, á ella misma.

D. GURITÁN.—¡Pero si yo no soy casado!

D. CÉSAR.—Pues ¿por qué tenéis, desde hace un cuarto de hora, el aspecto de un marido que rabia, ó de un tigre que llora? Como os creía casado, os daba buenos consejos; pero si no lo sois, decid por qué os hacéis tan ridículo.

D. GURITÁN.—¿Sabéis que me estáis exasperando?

D. CÉSAR.—¡Bah!

D. GURITÁN.—¿Y que esto es ya demasiado?

D. CÉSAR.—¿De veras?

D. GURITÁN.—Me las vais á pagar...

D. CÉSAR (*examinando con aire burlón los zapatos de D. Guritán, ocultos por una ola de cintajos, según la nueva moda*).—En otro tiempo usábanse las cintas para adornar la cabeza; pero hoy, según veo, han bajado hasta las botas. ¡Habrá que peinarse los pies! ¡Magnífico!

D. GURITÁN.—¡Vamos á batirnos!

D. CÉSAR (*impasible*).—¿Lo queréis así?

D. GURITÁN.—Si no sois don César, comenzaré por vos.

D. CÉSAR.—Bueno; tened cuidado de no terminar por mí.

D. GURITÁN (*presentándole una de las dos espadas.*)—  
¡Será en el acto!

D. CÉSAR (*tomando la espada.*)—Vamos allá; cuando se me presenta un buen desafío no lo dejo escapar.

D. GURITÁN.—¡Oh!

D. CÉSAR.—Detrás del muro hay un callejón desierto.

D. GURITÁN (*probando la punta de la espada en el suelo.*)—Como a César de Bazán os mataré.

D. CÉSAR.—¿Lo creéis así?

D. GURITÁN.—Es posible.

D. CÉSAR (*doblando también la punta de la espada.*)—  
¡Bah! muerto uno de los dos, os desafío a que matéis a don César.

D. GURITÁN.—¡Salgamos!

(*Salen, y se oye el ruido de sus pasos que se alejan. Por una puertecilla oculta, practicada en el muro, se ve salir a D. Salustio.*)

#### ESCENA VI

D. SALUSTIO

D. SALUSTIO (*con traje verde oscuro, casi negro.*)—¡Ningún preparativo! (*Reparando en la mesa cubierta de manjares.*) ¿Qué quiere decir esto? (*Escuchando el ruido de los pasos de D. César y de D. Guritán.*) ¿Qué rumor es ese? (*Se pasea meditabundo.*) Gudiel vió salir esta mañana al paje y le siguió... iba a casa de Guritán... y no veo a Ruy Blas... ¡Condenación! aquí hay alguna contramina. Tal vez Guritán se haya encargado de algún mensaje para ella... Nada se puede averiguar por los mudos. No había previsto este caso.

(*Entra D. César con la espada desnuda en la mano y déjala en un sillón.*)

#### ESCENA VII

D. SALUSTIO, D. CÉSAR

D. CÉSAR (*desde el umbral de la puerta.*)—¡Ah! seguro estaba de que andariáis mezclado en el asunto

D. SALUSTIO (*volviéndose estupefacto.*)—¡Don César!

D. CÉSAR (*cruzándose de brazos y soltando una carcajada.*)—Sin duda estáis urdiendo alguna trama espantosa; pero yo lo desarreglo todo. ¿No es cierto? Páreceme que vengo a caer de golpe en medio de la masa.

D. SALUSTIO (*aparte.*)—¡Todo se ha perdido!

D. CÉSAR (*riendo.*)—Desde esta mañana he andado entre vuestras telas de araña, revolviéndome en ellas; y así es que ninguno de vuestros proyectos dará el resultado apetecido. Todos vuestros planes caerán por tierra. Verdaderamente me regocijo mucho de ello.

D. SALUSTIO (*aparte.*)—¡Demonio! ¿Qué habrá hecho?

D. CÉSAR (*riendo cada vez con más fuerza.*)—Aquel hombre del saco de dinero... que venía para el negocio... para aquello que sabéis... (*Se ríe.*)

D. SALUSTIO.—¿Y bien, qué?

D. CÉSAR.—Lo he embriagado.

D. SALUSTIO.—Pero ¿y el dinero que llevaba?

D. CÉSAR (*majestuosamente.*)—He hecho varios regalos a ciertas personas. ¡Pardiez, siempre se tienen amigos!

D. SALUSTIO.—De mi sospechas injustamente... Yo...

D. CÉSAR (*haciendo sonar sus gregüescos*).—Por lo pronto he llenado mis bolsillos, como podréis comprender. (*Vuelve á reirse.*) Ya sabéis... aquella dama...

D. SALUSTIO.—¡Oh!

D. CÉSAR (*observando su inquietud*).—Aquella conocida vuestra... (*D. Salustio escucha con la mayor ansiedad; D. César prosigue riendo.*) Que me envía una dueña vieja y espantosa, con más barbas que un ermitaño...

D. SALUSTIO.—¿Para qué?

D. CÉSAR.—Para preguntarme, con prudencia y sin ruido, si es don César quien la espera esta noche...

D. SALUSTIO (*aparte*).—¡Cielos! (*En voz alta.*) ¿Qué has contestado?

D. CÉSAR.—He dicho que sí; que la esperaba.

D. SALUSTIO (*aparte*).—¡Tal vez no se haya perdido todo!

D. CÉSAR.—En fin, vuestro matón, llamado Guritan, según me dijo en el terreno... (*Movimiento de D. Salustio.*) y que esta mañana no quiso recibir un lacayo de don César, portador de un mensaje, viniendo después á pedirme no sé qué satisfacción...

D. SALUSTIO.—¿Y bien? ¿qué has hecho?

D. CÉSAR.—He dado muerte á ese pajarraco.

D. SALUSTIO.—¿De veras?

D. CÉSAR.—Temo que sí.

D. SALUSTIO (*aparte*).—¡Respiro! ¡Bondad divina, nada se ha perdido! Sin embargo, convendrá des- embarazarme por el pronto de este rudo auxiliar. En cuanto al dinero, importa poco. (*En voz alta.*) El lance es singular. ¿Y no habéis visto á otras personas?

D. CÉSAR.—No; pero las veré. Por lo pronto quiero publicar mi nombre en todas partes, y voy á dar un escándalo terrible. No tengáis cuidado.

D. SALUSTIO (*aparte*).—¡Diablo! (*Aproximándose vivamente á D. Cesar.*) Guárdate el dinero, pero véte.

D. CÉSAR.—¡Ya! Dariais orden de que me siguieran! Harto sé vuestra manera de proceder; y muy pronto volvería á ver las azules aguas del Mediterráneo. ¡Nada de eso!

D. SALUSTIO.—Créeme.

D. CÉSAR.—No. Sospecho que en este palacio-prisión alguno será víctima de vuestros manejos. Toda intriga cortesana es una escalera doble; por una parte el paciente, con los brazos ligados y la mirada triste; y por otra, el verdugo. Vos sois el ejecutor, y necesariamente...

D. SALUSTIO.—¡Oh!

D. CÉSAR.—Pero yo llego á tiempo, tiro de la escalera, y cataplum.

D. SALUSTIO.—Te juro...

D. CÉSAR.—Quiero desbaratarlo todo, y para ello debo quedarme hasta el fin de la intriga. Sé que sois muy astuto, primo mío, y que no os costaría mucho matar dos pájaros de una pedrada. Yo sería uno de ellos, y por lo mismo me quedo.

D. SALUSTIO.—Escucha...

D. CÉSAR.—¡No me vengáis con retóricas! Ah! con que hacéis que me vendan á los piratas de Africa, y entretanto fabricáis aquí un falso César, comprometiéndome mi nombre!

D. SALUSTIO.—¡Casualidad!

D. CÉSAR.—¿Casualidad? Manjar es ese que los bribones dan á los tontos. Mucho sentiré que vuestros planes se desbaraten; mas pretendo salvar á los que aquí perdéis. Voy á publicar mi nombre desde los tejados á voz en cuello. (*Se sube en el poyo de la ventana y mira por fuera.*) ¡Esperad! Precisamente pasan unos alguaciles por aquí. (*Pasa el brazo á través de los barrotes y agitale gritando*): ¡Hola! venid aquí.

D. SALUSTIO (*asustado, en el proscenio: aparte*).—¡Todo se ha perdido si le reconocen!

(*Entran los alguaciles precedidos de un alcalde. D. Salustio parece presa de una viva ansiedad. D. César se dirige al alcalde con aire de triunfo.*)

### ESCENA VIII

Los mismos, ALCALDE, ALGUACILES

D. CÉSAR (*al alcalde*).—Consignaréis en vuestro informe...

D. SALUSTIO (*señalando á D. César*).—Que ese es el famoso ladrón Matalobos.

D. CÉSAR (*estupefacto*).—¡Cómo!

D. SALUSTIO (*aparte*).—Todo se salva si puedo ganar veinticuatro horas. (*Al alcalde*.) Ese hombre ha osado penetrar en estas habitaciones en pleno día. ¡Prended al ladrón!

(*Los alguaciles cogen á D. César por el cuello.*)

D. CÉSAR (*furioso, á D. Salustio*).—¡Mentis como un bellaco!

EL ALCALDE.—¿Quién nos llamaba?

D. SALUSTIO.—Yo.

D. CÉSAR.—¡Esto es demasiado!

EL ALCALDE.—¡Vamos, callad!

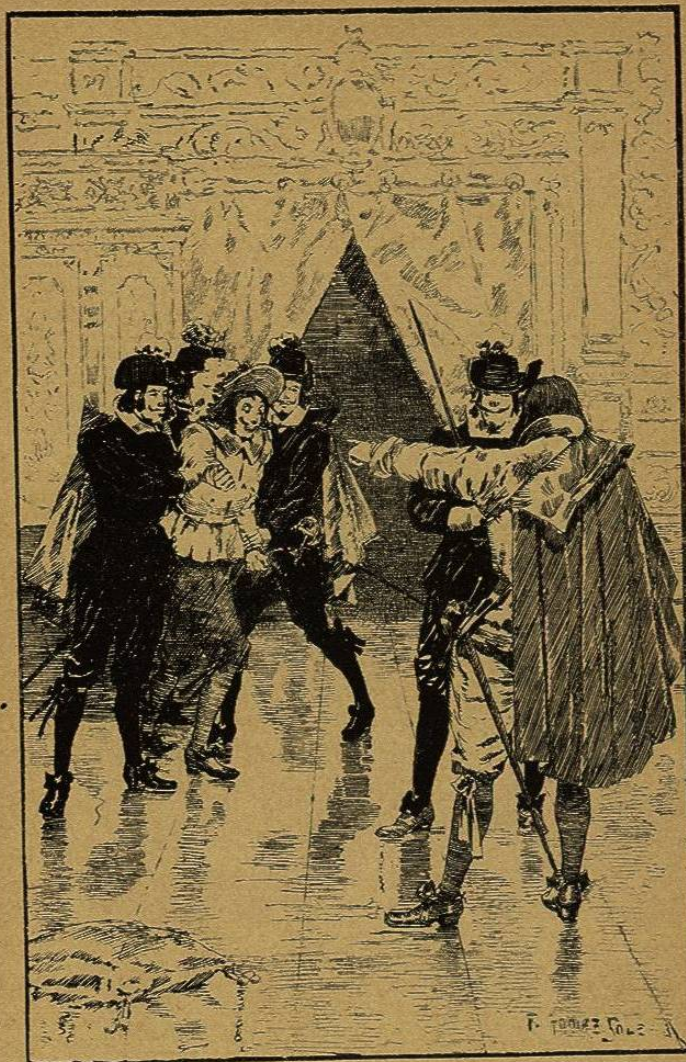
D. CÉSAR.—¡Yo soy don César de Bazán!

D. SALUSTIO.—¿Don César? Mirad su capa, si os place, y hallaréis el nombre de Salustio en el cuello; esa capa es la que me acaba de robar.

(*Los alguaciles se apoderan de la capa, el alcalde la examina.*)

EL ALCALDE.—Es verdad.

D. SALUSTIO.—Y el jubón que lleva...



D. SALUSTIO.—¡Prended al ladrón!

D. CÉSAR (*aparte*).—¡Ah traidor!

D. SALUSTIO (*continuando*).—Es del duque de Alba, á quien se lo robò.

(*Mostrando un escudo bordado en la manga izquierda.*)

D. CÉSAR (*aparte*).—¡Ese hombre es un demonio!

EL ALCALDE (*examinando el blasón*).—Sí, los dos castillos de oro...

D. SALUSTIO.—Y las dos calderas. (*En la lucha por desasirse, D. César deja caer algunos doblones de sus bolsillos; D. Salustio indica al alcalde el volumen de estos últimos.*) ¿Es así cómo se lleva el dinero que no es robado?

EL ALCALDE (*moviendo la cabeza*).—¡Hum!

D. CÉSAR (*aparte*).—¡Estoy perdido!

(*Los alguaciles le registran y apodéranse de todo el dinero.*)

UN ALGUACIL (*rebuscando*).—Aquí hay papeles.

D. CÉSAR (*aparte*).—¡Pobres billetes de amor, que tan cuidadosamente conservaba!

EL ALCALDE (*examinando los papeles*).—¡Cartas!... ¿Qué es esto?... escrituras diversas...

D. SALUSTIO (*haciendo notar los sobres*).—Todos del duque de Alba.

EL ALCALDE.—Sí.

D. CÉSAR.—Pero...

LOS ALGUACILES (*atándole las manos*).—¡Qué suerte ha sido cogerle!

UN ALGUACIL (*entrando, al alcalde*).—Aquí cerca se acaba de encontrar un hombre asesinado.

EL ALCALDE.—¿Quién es el asesino?

D. SALUSTIO (*mostrando á D. César*).—¡Ese hombre!

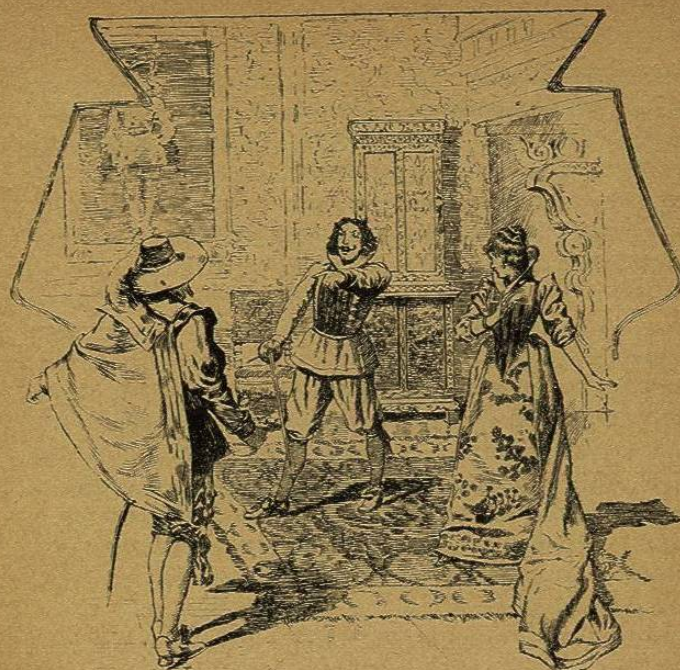
D. CÉSAR (*aparte*).—¡Ese duelo! he sido un torpe.

D. SALUSTIO.—Al entrar, llevaba en la diestra una espada; vedla ahí.

EL ALCALDE (*examinando el acero*).—¡Sangre! Está bien. (*A D. César.*) ¡Vamos, en marcha!

D. SALUSTIO (á D. César, conducido por los alguaciles).  
—Buenas noches, Matalobos.

D. CÉSAR (dando un paso hacia él y mirándole fijamente).—¡Sois un miserable!



## ACTO V

### EL TIGRE Y EL LEÓN

La misma estancia. Es de noche. En la mesa hay una lámpara. Al levantarse el telón, Ruy Blas está solo, y una especie de toga negra cubre su traje.

#### ESCENA I

RUY BLAS, solo

¡Todo acabó! Sueños extinguidos, visiones desvanecidas! Hasta que cerró la noche he andado por las ca-